

No dejaron de burlarse de la prediccion, y miéntras que Colon ganaba á fuerza de velas un pequeño puerto que él llamó el Puerto Escondido, la escuadra salía para España con un tiempo el más favorable.

Dos días despues era arrojada á la costa, sin salvarse más que un solo buque, el más frágil, pero precisamente el que llevaba y pudo depositar en España toda la escasa fortuna de los Colones.

El Almirante no supo hasta mucho despues este detalle; hasta ignoraba la pérdida de la escuadra, cuando muy difícilmente pudo volver á reunir sus propios buques, habiendo sufrido mucho por causa de la tempestad en un puerto de insuficiente abrigo, y precisamente cuando la *Isabela* le habria podido ofrecer un refugio. «¿Qué hombre, escribe él en su carta á los reyes, qué hombre, incluso el mismo Job, fué nunca más desgraciado que yo? En los mismos puertos que habia descubierto con riesgo de mi vida, se me negó, en dolorosas circunstancias, un refugio contra la muerte que nos amenazaba á mí, á mis amigos, á mi hermano, y á mi tierno hijo.»

Su ternura para con este último estaba reservada para tribulaciones mucho más crueles, pero tambien para el gozo viril de encontrar un hombre en aquel niño.

Arrastrado hacia la costa meridional de Cuba, por la misma corriente ecuatorial que habia descubierto en su anterior viaje, rechazado despues mar adentro por una série de tempestades, sus ojos no vieron ni sol ni estrellas por espacio de ochenta días; sus buques estaban medio abiertos, sus velas hechas girones, jarcias, aparejos, botes, todo estaba perdido; sus mejores marineros enfermos, consternados, confesábanse mutuamente; los más intrépidos perdian el ánimo.—«Pero, escribía á los dos reyes, lo que destrozaba más cruelmente mi alma, era mi hijo, cuya extremada juventud aumentaba mi desespero, y porque le veía presa de más fatigas y tormentos que ninguno de nosotros. No hay duda que Dios, y nadie más, le daba tanta fuerza. Él solo reanimaba el valor y la paciencia de los marineros en sus duros trabajos. Hubiérase creído ver en él un piloto envejecido entre las tempestades, cosa increíble, inaudita, y que mezclaba á lo ménos alguna dulzura á las penas que por sí solas me habrían abrumado.

Cuando Colon exhalaba estas tristes quejas, acababa de ser arrojado á las costas de la tierra firme, á la altura del cabo Honduras. Un mes despues, el 14 de setiembre, habia explorado aquellas mismas costas hasta el cabo *Gracias á Dios*, y dos días despues, anclaba cerca de la embocadura de un río, que la pérdida de un bote con todos sus hombres le hizo llamar río del *Desastre*.

De este puerto, donde preciosas noticias acerca de la riqueza metálica de la comarca no le detuvieron más tiempo que el indispensable para recogerlas, emprendió la ilusoria investigacion de un estrecho en el mismo punto donde el genio del hombre acabará tarde ó temprano por abrir uno.

Desde principios de octubre á últimos de noviembre, aunque enfermo y tullido, habia sondeado muy minuciosamente—hasta el extremo de que sus tripulaciones lo tomaban á burla,—todas las costas llamadas de Costa Rica, Veragua, Mosquitos y del istmo de Panamá.

Esta exploracion tan importante para la ciencia, no se habia efectuado, por lo demas, sino á despecho de los hombres y de los elementos conjurados contra él de cada vez más. En el puerto *del retrete* habia tenido el dolor de combatir á indios exasperados por las crueldades de sus compañeros, y muy luégo, la presion de estos mismos hombres, desmoralizados por tantas miserias, le habia obligado á retroceder hasta un punto de la costa de Veragua, donde, por un momento, la proximidad de las minas de oro le sugirió la idea de fundar un establecimiento; pero la mala voluntad de sus compañeros, la hostilidad de los naturales y las tempestades perpétuas no le permitieron realizar aquel proyecto, y, el día 1.º de mayo de 1502, despues de haber reconocido la entrada del golfo de Darien,—su último descubrimiento;—tuvo que tomar otra vez la direccion de Santo Domingo.

No hablaremos aquí de calamidades tan profundas, tan continuadas, que en sus pormenores vienen á producir la monotonía del horror. Colon desahogó su alma escribiendo á los reyes.

Cuando Colon les escribió esta carta que, confiada á unos salvajes, no llegó sino por milagro á su destino, despues de trece meses de torturas, habia tenido que encallar en una playa de Jamaica, con los dos únicos buques que le quedaban. El bravo Diego Méndez y un noble genoves de la casa de Fieschi, se habian aventurado en una piragua de salvajes para ir á pedir auxilios á Santo Domingo, pero no se tenían noticias de ellos y se les creía muertos.

Posicion tan desesperada parecia no poderse agravar más para el Almirante, cuando sus hombres por una parte, despues de una rebelion en que estuvo á punto de perecer, le abandonaron casi todos y se escamparon como bandidos en el interior de la isla; al propio tiempo que, por otra parte, cansados los indigenas de atender á sus necesidades se propusieron matarlos por hambre.

Ante esta amenaza, seguida de un principio de ejecucion, encontró Colon repentinamente aquella sagacidad que más arriba no hemos temido comparar con la de Ulises. Acordándose oportunamente que debia haber un próximo eclipse de luna, predijo á los salvajes pertinaces, que en castigo de su conducta, se disponía la luna para negarles su luz.

Compréndese fácilmente lo que se siguió de ahí: habiéndose efectivamente eclipsado el disco de la luna, creyéronse perdidos los salvajes; corrieron á bandadas á echarse á los piés de Colon, quien, desarmado sobre todo por las ofrendas, les devolvió el brillo de la luna en cambio de las provisiones que se habian apresurado á traerle.

Por añadidura de buena fortuna, recibió de Santo Domingo pocos días después un tonel de vino y un cuarto de tocino, con promesa de un barco que próximamente iría á buscarle con toda su gente.

Por de pronto era aquello todo cuanto se dignaba ofrecer á Colon aquel mismo Nicolás de Ovando, que ántes le había negado la libre plática de *la Isabela*.

Finalmente, el barco siguió de bastante cerca á la promesa, y vamos á ver, además, que la política de Ovando no había perdido tiempo para ponerse en situación de recibir convenientemente y sin peligro á Cristóbal Colon y á su hermano Bartolomé.

Supongo que no se han olvidado ni las visitas de este último á la reina Anacoana, ni la profunda simpatía que esta noble mujer había sentido siempre por los Colones, de lo que puede inferirse que el envidioso Roldan habría comunicado algo de esto al cobarde Ovando, quien por de pronto le había dado muy poca importancia; pero al aproximarse los Colones—su sombra habría bastado,—y por esta vez la absoluta necesidad de acogerles, había inspirado á ese hombre hábil el temor de no sé qué conjuración que le importaba descubrir.

Al efecto, y no queriendo por otra parte hacer esperar demasiado á unos huéspedes tales como el Almirante y el Adelantado, había acudido en persona á ofrecer el espectáculo de una carrera de caballos á la bella reina de Xaragua. Esta no había dejado de acudir á la cita con toda su corte y los principales personajes de la comarca, y apenas había comenzado la fiesta, cuando los caballeros de pró de Ovando, éste al frente de ellos, se arrojaron sobre los indios desarmados, hicieron en ellos horrible carnicería, quemaron vivos á ochenta y cuatro de sus caciques, y no dejaron más que cenizas en los lugares donde la víspera anterior se levantaba aún la risueña capital del Xaragua.

Tocante á la reina, después de no se sabe qué odioso simulacro de proceso, sufrió el ignominioso suplicio de la horca en la plaza pública de la ciudad de la Isabela.

Este fué el triste, el desgraciado, el injusto fin de la Flor de Oro, de la hermosa reina Anacoana, llamada la amiga de los españoles.

Mientras que ocurrían estos horrores en el nuevo mundo, otra reina caminaba de dolor en dolor hacia una tumba donde, con ella, iban á sepultarse las postreras esperanzas de Cristóbal Colon.

Cuando éste llegó á España después de nuevas contrariedades, se había debilitado de tal manera la salud de Isabel que no pudo sacar de ella ningún auxilio, no solamente para sus proyectos, pero ni siquiera para el simple reconocimiento de sus derechos.

Él mismo, además, se encontró detenido en Sevilla por dolores reumáticos que padecía desde muchos años y que, agravados por la edad y por recientes

fatigas, le tenían ahora detenido en una cama de posada. Su ardiente imaginación le mostraba desde allí asediado al rey Fernando por sus enemigos, cerca del cual llamaba en vano la intercesión ántes tan poderosa de su buen ángel.

Sin embargo, Isabel respiraba aún, y de lo que le restaba de vida quiso dar una parte á su venerado servidor. Ella recibió á un enviado del Almirante, al fiel Diego Méndez. Desde su lecho de dolores oyó, acogió con fervor, no la defensa, pero sí la apología de Colon; supo lo que los Fonseca, los Bobadilla, los Ovando habían hecho de sus colonias; derramó lágrimas al oír el horrible fin de la noble y tierna Anacoana; dió palabra de vengarla si Dios le dejaba tiempo para ello, y juró que haría una justicia ejemplar en su verdugo.

Estas disposiciones de la Reina fueron para el Almirante el postrer consuelo que debía recibir en este mundo. Su salud no le permitió valerse directamente de ellas cerca del rey sino cuando su noble amiga no podía ya interceder por él más que en el cielo.

Isabel falleció el 26 de noviembre de 1504, y á contar desde el día de esta irreparable pérdida, ya no obtuvo Colon del rey Fernando más que promesas dilatorias, estériles muestras de aprecio, atenciones insultantes porque parecían concedidas solamente á la edad, á la debilidad, por no decir á la chochez.

Colon, sin embargo, no había sido nunca más joven de espíritu, ni más activo, por no decir más robusto de cuerpo; pero las privaciones, el frío, la falta de todo y sobre todo las continuas decepciones y afrentas que se le inferían sistemáticamente, aceleraron el término de una vida que la Providencia ya no juzgaba útil para sus designios.

Necesitáronse todavía diez y ocho meses, para que habiendo sazonado los plazos de la justicia humana la de Dios, pudiera el revelador de un nuevo mundo entregar finalmente su alma al Criador de todos los mundos.

Colon pidió por sí mismo los últimos sacramentos, en una pobre hostería de Valladolid, el 20 de mayo de 1506, al sentirse llamado por su Señor, y quisolos recibir, como lo había hecho Isabel, vistiendo el hábito de la tercera orden de San Francisco.

El día de la Acension fué el día de su liberación. Al medio día, después de una agonía de pocas horas, pronunció en voz alta estas últimas palabras del Salvador muriendo en la cruz:

*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

Y espiró.

Cristóbal Colon desapareció de este mundo, casi tan oscuramente como había entrado en él, siendo principalmente la causa de esto la inmensa revolución que en el mismo había hecho. Tan grande era el impulso dado por él á los viajes de descubrimientos, que en ménos de cuarenta y cinco años estaban en gran parte descubiertas las costas de ambas Américas, miéntras que en el interior eran conquistados vastos imperios. La gloria de España era inmensa en aquella época. El sol no se ponía en sus dominios. Compréndese que en medio de tanto movimiento quedara sofocado el ruido de la muerte de Colon, en el antiguo y nuevo mundo, por el que en el mismo hacían su vida y su empresa. Habían trascurrido ya siete años, y los poetas cantaban todavía al gran revelador como hombre vivo; hasta en España no supieron muchos la noticia de su fallecimiento sino despues de trascurrido este espacio de tiempo, y gracias solamente á los espléndidos pero tardíos funerales que mandó celebrarle el rey Fernando.

Enterrado primeramente en el convento de los Franciscanos de Valladolid, fue despues trasladado el cadáver de Cristóbal Colon á Sevilla, y, despues de un pomposo funeral, confiado á la Cartuja de Santa María de las Cuevas, donde continuó hasta el año 1536. Reclamado en aquella época por la capital de Santo Domingo, fué depositado en la catedral de dicha ciudad donde reposó hasta el año 1795, en que, desposeida España de Santo Domingo, por la Francia, trasladó á Cuba aquellos preciosos restos, sin que nadie se atreva á decir que hayan andado ya su última etapa.

La posteridad de Colon brilló por un momento con muy vivo esplendor despues de la muerte de su autor. Apénas había este cerrado los ojos, cuando su hijo Diego, en cuyo favor había fundado un mayorazgo, fue de pronto puesto en posesion de una pequeña parte de los bienes paternos. Casado luégo con doña María de Toledo sobrina estimada del duque de Alba, debió á esta alianza casi real el reemplazar finalmente al traidor Ovando en el gobierno de Santo Domingo. Allí, siguiendo los consejos de sus dos tíos, Bartolomé y Diego, continuó los planes de su padre, y prestó á su soberano servicios pagados con igual ingratitud, hasta que, llamado igualmente como su padre para dar cuenta de sus actos, y reconocido tambien inocente, murió en España, abrumado con iguales disgustos.

Poco tiempo ántes, Bartolomé, creado gobernador de la isla de Mona, y Diego, el segundo hermano del Almirante, habían muerto en Santo Domingo, al lado de su sobrina la vireina, sin dejar posteridad, lo mismo que Fernando Colon. Este sobrevivió á sus tíos hasta 1539. Historiador y geógrafo distinguido nos ha dejado la biografía más autorizada de su padre.

Don Luis, hijo mayor de los cinco que Diego, hijo del Almirante, había tenido de doña María de Toledo, obtuvo en 1537, el título de duque de Veragua y de marques de Jamáica, con un mayorazgo de veinte y cinco leguas cuadradas en la tierra firme.

La línea masculina y legitima de Cristóbal Colon se extendió en 1578, en la persona del cuarto almirante que tuvo derecho de llevar ese grande nombre; pero una rama colateral de la ilustre casa de Colon, lleva todavía hoy con distincion el título de duque de Veragua.